

Chile: El país que fuimos y el que podemos volver a ser



César Cifuentes

Expresidente regional PRI

Durante décadas, Chile fue reconocido como un referente en Latinoamérica. Mientras la región enfrentaba crisis recurrentes, nosotros logramos construir un camino de estabilidad política y crecimiento económico. Ese Chile que emergió tras años difíciles supo aprovechar la disciplina fiscal, la apertura al mundo y la confianza en la inversión privada. Gracias a ello, millones de familias pudieron acceder a la casa propia, a mejores empleos, a educación y a un estándar de vida impensado en el pasado. Éramos motivo de orgullo y envidia de muchos. Sin embargo, hoy estamos muy lejos de esa realidad: el país se estancó, la confianza se perdió y el futuro se ve cada vez más incierto.

El motor del desarrollo, que es el crecimiento económico, prácticamente se ha apagado. El Producto Interno Bruto avanza a un ritmo mediocre, las inversiones se retraen y la productividad está en caída. No se trata de un fenómeno externo ni de una simple mala racha: es la consecuencia directa de políticas equivocadas y de una clase dirigente más preocupada de su agenda ideológica que de las verdaderas urgencias del país.

Uno de los errores más costosos fue la improvisación en materia tributaria. La eliminación de instrumentos que incentivaban la reinversión, el aumento de la carga impositiva y la falta de certeza jurídica generaron un golpe directo a la inversión privada. Se instaló la idea de que producir y arriesgar capital era casi un pecado, cuando en realidad es la base para crear empleo y oportunidades. A esto se suma una maraña burocrática que retrasa proyectos, ahuyenta emprendedores y convierte cualquier iniciativa en un vía crucis interminable de permisos, timbres y oficinas públicas.

Pero el problema no termina ahí. La inseguridad, el narcotráfico y la migración descontrolada también pesan en la ecuación. Ningún país puede crecer cuando el orden público está en entredicho, cuando la violencia invade los barrios y cuando las fronteras se transforman en un colador. La delincuencia no solo afecta a las familias en su vida diaria: también eleva los costos de las empresas, limita la inversión en zonas vulnerables y erosiona la confianza en las instituciones.

Los resultados de este cóctel son evidentes. Hoy vemos un desempleo persistente que golpea con fuerza a los más jóvenes y a las

mujeres; un costo de la vida cada vez más alto que asfixia a la clase media, con cuentas de electricidad que no paran de subir; y un país que pierde competitividad frente a sus vecinos. Resulta doloroso constatar que mientras Chile se paraliza, otros países de la región —que antes nos miraban con admiración— avanzan con mayor dinamismo, atrayendo inversiones y generando crecimiento.

El contraste es brutal. Hace 20 años, éramos el modelo a seguir; hoy, somos el ejemplo de cómo las malas decisiones políticas pueden arruinar el camino de una nación. Lo más preocupante es que este estancamiento no solo afecta al bolsillo, sino también al ánimo social. Un país sin crecimiento es un país sin esperanza, y cuando la esperanza se pierde, surgen el populismo, la rabia y la división.

Sin embargo, no todo está perdido. Chile tiene la capacidad de volver a levantarse. Contamos con talento, recursos naturales y un pueblo trabajador que nunca ha temido al esfuerzo. Lo que falta es voluntad política y visión de futuro. Necesitamos un liderazgo que deje atrás el cortoplacismo y el populismo barato, y que entienda que sin crecimiento económico no hay desarrollo social posible. Las políticas sociales requieren financiamiento, y ese financiamiento solo surge de una economía dinámica que genere riqueza.

La pregunta, entonces, es si tendremos el coraje de retomar el rumbo. Eso exige reponer la confianza en las instituciones, dar señales claras a la inversión, reducir la burocracia, garantizar orden público y, sobre todo, construir acuerdos de largo plazo que no se derrumben cada vez que cambia un gobierno.

La historia nos muestra que cuando Chile confió en sí mismo y se enfocó en crecer, avanzó como nunca. Hoy la tarea es volver a ese espíritu: recuperar el orgullo de ser chilenos y la certeza de que, con esfuerzo, se puede progresar. No podemos resignarnos a un país sin futuro. El voto consciente, informado y responsable será clave en el camino que viene, porque no basta con quejarnos: debemos elegir a quienes realmente tengan la capacidad, la experiencia y el compromiso de devolverle a Chile la esperanza de un mañana mejor.